

Peripecias de un Coordinador Regional.

Los hermanos que forman parte de la Coordinadora Nacional se reúnen cada dos meses en Madrid para resolver asuntos, proponer fechas de encuentros, buscar predicadores, evaluar asambleas, orar... y apenas dormir. Desde sus propias regiones les dicen, a veces: “¡Qué bien te lo pasas, te vas a Madrid!” Uno se queda pensando en lo que ve de Madrid y se le aparece la cara del revisor del tren o su maleta viajando por la cinta transportadora del aeropuerto y que siempre asoma la última, si no termina en un vuelo con destino a Moscú. Y si se desplaza en coche, lo que se le aparece es un guardia de tráfico, la parte trasera de un camión cargado de pollos o la señal de desvío obligatorio, que suele terminar en un descampado lleno de chatarra.

Por una extraña razón, -si ha elegido el tren-, siempre viene a caer en algún vagón ocupado por el “plomomóvil”.

El “plomomóvil” es una persona que desde el principio del viaje y hasta Guadalajara, más o menos, se dedica a hablar con no sabe uno quién, a grito pelado y de las más variadas materias. Si es médico le explica al que está al otro lado de la línea los resultados de su última experiencia con un cardíaco crónico aprensivo. Si se trata de un ejecutivo, los más peligrosos, aireará a todo el respetable público del vagón su últimos logros financieros y aleccionará de cómo debe dirigirse una empresa desde un tren. Y si el móvil ha caído en manos de la señora María de turno, entonces... entonces estamos perdidos.

Cuando llega a Madrid se toma un café y va en busca del metro, del autobús o de un taxi para llegar a la Casa de Retiros. Si ve algo de la capital es por pura casualidad, o porque el atasco de coches en la plaza de Cibeles es monumental.

A todo esto, antes de salir de su casa, ha estado preparando los papeles que se llevará, el orden del día, que esta vez -¡qué bien!- sólo tiene dieciocho puntos que tratar. -“¿Pongo dos camisetas en la maleta o tres?” “Pondré tres, que siempre me mancho los sábados con la sopa.”- “Los calcetines, los pañuelos, el despertador... No sé para qué me llevo el despertador si apenas me dejan dormir. ¡Ah!, el neceser con las aspirinas, que seguro que “sale” algo del reglamento en la reunión y se me pone la cabeza...” “¿Bicarbonato? Sí, también, que se hablará de economía...” “Que no se me olvide la Biblia, la mejor medicina”... “Y tengo que acordarme de comunicar a la Nacional que en mi región una hermana y dos hermanos tienen un acusado don de lenguas. Se pasan el día criticando y los interpreta todo el mundo”.

Y una vez cerrada la maleta recuerda que ha metido el billete del tren debajo de toda la ropa, reloj, carpetas, el neceser que parece una farmacia de turno y de un paquete de galletas por si las monjas lo quieren matar de hambre. Que no es el caso, como se explicará más adelante.

Una vez llegado a la casa, es recibido con gran amabilidad por las monjas, en este caso las Benedictinas. Ha visto a lo largo de este tiempo diferentes residencias, en sus encuentros nacionales, pero tan bien como en este lugar no ha estado en ninguna parte. Eso compensa las largas horas del “¡Qué bien te lo pasas, te vas a Madrid!”

Después de la cena llega la primera reunión. Al principio creía, el muy iluso, que como ya habían dado las diez de la noche, comentarían los asuntos para el día siguiente y a descansar. Sí, sí... No recuerda haber encontrado su habitación antes de la una de la madrugada. “¿Y eso?” “Es que somos noctámbulos, hermano, y nos encanta tomar las decisiones con nocturnidad”.

Afortunadamente no todo son reuniones para tratar asuntos. A las siete de la mañana se levanta de la cama y se ducha para aparecer en los laudes más o menos con

la cabeza en su sitio. En la alabanza acaba de despertarse y con el café ya “discierne” que está en Madrid. Después llega el tratar los temas propuestos. No siempre se está de acuerdo a la primera, como es natural, y si cuesta llegar a una conclusión entonces el asesor espiritual los invita a orar en la capilla y a ponerlo todo en manos del Señor.

Durante las comidas se habla de todo un poco y por la tarde se siguen tratando los temas propuestos. Como los hermanos son de todas las regiones de España asuntos no faltan.

Casi todos viven fuera de Madrid. Los que viajan en coche no suelen tener muchos problemas para llegar a la casa de retiros, cuando lo hacen en las reuniones normales. Otro gallo canta cuando el desplazamiento es con motivo de la Asamblea Nacional y el lugar de pernoctación (que digan cuándo se duerme) es en otro lugar, cercano a la capital. Y ahí entra en escena ese artilugio moderno llamado GPS, y se supone que esas siglas quieren decir: "gracias por sufrir".

El tal artefacto está pensado para llevar a la gente por el camino más recto o, por lo menos, para que se acerque algo a su punto de destino.

¿Qué viene uno desde Lugo? Pues, nada, se le dice al trasto ese: "a Mariápolis, si es usted tan amable". Si viaja desde la Zona Norte, lo mismo: "A Mariápolis, joven, y me para en una cafetería para tomar un café". ¿Sucede algo de todo esto? Seguro que no. Si está uno en la autopista M-30 el Gps puede mandarlo, tranquilamente, al aparcamiento del Congreso de los "Disputados" y se queda tan fresco. Si por casualidad ha llegado hasta la Gran Vía, es casi seguro que terminará con su coche en la carretera que lleva directamente a Logroño.

La anécdota sobre el dichoso trasto la dio un Coordinador Regional. Llegó a Madrid sin problemas y puso en marcha el artilugio. Le marcó la ruta y empezó el baile, que duró tres horas:

"Siga recto por la izquierda y póngase a la derecha". "En la próxima rotonda salga por la cuarta salida a la izquierda y póngase a la derecha". "No salga de la derecha hasta llegar al cruce y circule ochocientos metros hasta la bifurcación. Allí calcule doscientos metros hasta ponerse a la izquierda, sin olvidar la derecha, y mire por el retrovisor para ver si ha dejado la rotonda". "Ahora bifurque a barlovento". "Siga pegado a la derecha".

-¿Qué, qué ha dicho? ¿Me lo podía repetir?

"Ahora a doscientos metros cruce a través y toque la bocina, siga la derecha y póngase a la izquierda, lo más pegado posible a estribor".

-¡Que le he dicho si me podía repetir lo de la cuarta salida a la izquierda!

"Cruce a doscientos metros el puente de la derecha y salga -si puede- por el quinto cruce de la derecha mirando hacia poniente, a la izquierda. A mil metros pare y pregunte dónde para".

El coordinador paró, le regaló el Gps a un señor bajito que pasaba por allí, llamó por teléfono a un hermano y le dijo:

-Oye, que llevo tres horas dando vueltas por Madrid y si esto sigue así no llevo a la hora de cenar.

-Pues yo te aconsejo que pongas el Gps y ya está...

-¡Mira, estoy en el punto quilométrico cuatrocientos dos de la carretera a Vicálvaro! ¡O venís a buscarme o dimito!

José Antonio Godina
Barcelona